

por haber guardado tres meses en su casa el Arca de la alianza, ¡qué gracias celestiales no debieron atraer sobre Zacarías y los suyos los tres meses que permaneció entre ellos la mujer privilegiada, de que no era mas que una figura el Arca de la antigua ley, por santa y temible que fuese! La pureza perpétua de San Juan fué efecto, dice San Ambrosio, de la unción y gracia que en su alma infundió la presencia de María.

Con tan risueños y oportunos cuadros describe Orsini la permanencia de la Madre de Dios en la casa de Elisabeth. En cuanto á si María asistió ó no en el parto de su prima, no se sabe de un modo preciso. Orígenes, San Ambrosio y otros graves autores, así antiguos como modernos, se declaran por la afirmativa; pero otros teólogos, no ménos respetables, han abrazado la opinion contraria, apoyándose principalmente en el pasaje de San Lucas, que no habla del parto de Elisabeth sino despues de haber regresado la Virgen de Galilea. El historiador de María examina mas detenidamente esta cuestion, y se decide por la presencia de la Virgen.

Sea de esto lo que fuere, llegado el tiempo oportuno en que Elisabeth debía dar al mundo el precursor del Mesías, dió felizmente á luz un hijo el dia 24 de Junio, segun la creencia comunmente recibida en la Iglesia.

Apénas se hizo pública la voz de tan dichoso alumbramiento, acudieron de todas partes los vecinos y parientes, para felicitarla por la misericordia que con ella habia usado el Señor, y á tomar parte en su justo regocijo. Ocho dias despues, volviéronse á juntar segun su costumbre, los parientes, para la ceremonia de la circuncision, y preguntaron á la madre qué nombre se habia de poner al niño, queriendo imponerle todos, el de Zacarías, como su padre. Pero la madre, tomando la palabra, se opuso á ello y les dijo: "Su nombre será Juan." Hiciéronle presente que aquel nombre era nuevo y extraño en la familia, no habiendo noticia que tal se hubiese llamado ninguno de ella; pero firme Elisabeth en su propósito, sin duda por secreta inspiracion del cielo, se determinó

consultar al padre y conformarse con su resolucion. Por medio de señas se hizo á Zacarías esta pregunta: "¿Qué nombre pondremos al infante?" Y tomando Zacarías una tablilla, escribió estas palabras: "Juan es su nombre." Al instante su lengua, que la incredulidad habia ligado, quedó suelta, por la obediencia y la fé manifestada por él en seguir los preceptos del ángel. Todos los presentes quedaron sobrecogidos de pasmo y de temor: la fama de aquellas maravillas se esparció por las montañas de Judea, y decian todos al escucharlas: "¿Quién piensas que será ese niño? Porque en él está la mano del Señor."

El afortunado Zacarías no solo obtuvo el perdon de su falta, manifestado por la restitution del uso de la palabra, sino que se sintió de repente inspirado por el espíritu del Señor, que descorre el velo de lo futuro, y publicó por un célebre cántico, que Dios iba á cumplir las promesas hechas á Abraham, que se acercaba el Mesías, y que el niño recién nacido seria su precursor.

Bendito el Señor-sea

Dios de Israel, que visitar le plugo
A su pueblo, y hacer que en este dia
Redimido se vea
Libre y exento del pesado yugo
Y dura esclavitud en que yacía.
Con noble valentía
En la casa real ha levantado
De su siervo David el estandarte
De nuestra salvacion; y victorioso,
Lo que por tantos siglos anunciado
Nos habia por una y otra parte
En coro armonioso,
La voz dulce y sonora
De sus profetas, nos lo cumple ahora.
Al fin nos ha salvado
De nuestros enemigos; del encono

Y del ódio que tantos nos tenían,
 Nos ha ya libertado.
 Ya en fin de nuestros padres en abono
 Su piedad ejercita, cual querian
 Ellos, y le pedian.
 Acordóse del pacto y alianza
 Que por ellos habia establecido
 Con santo é irrevocable testamento;
 Y no frustró la firme confianza
 Que en su veracidad hemos tenido,
 Fiel á su juramento
 Con que á Abrahan dijera,
 Nuestro padre, este bien que nos hiciera.

Para que sin temores,
 Libres ya de enemigos, consagremos
 En justicia y piedad á su sagrado
 Culto y á sus honores
 La vida y libertad que le debemos.
 Y tú, pequeño infante, tú llamado
 Serás y celebrado
 Profeta del Altísimo, y delante
 De él irás, preparándole el camino;
 Enseñando la ciencia, que aun ignora,
 De salud á su pueblo; y al errante
 Pecador, el perdon que su divino
 Favor al que lo implora
 Contrito y pesaroso,
 Está siempre ofreciendo generoso.

Tal es el entrañable
 Amor de nuestro Dios, con que ha venido
 Cual claro sol que sale del Oriente,
 Amoroso y afable,
 A visitarnos hoy, desde el subido
 Trono de luz que habita refulgente.

Y á la mísera gente
 Que yace entre tinieblas sumergida
 De la sombra mortal que la rodea,
 Viene á sacar con luz que la ilumine,
 Mostrándole derecha y bien seguida
 La senda de la paz; y el hombre vea
 Y seguro camine
 Por ella, él le guie
 Para que así su pié no se desvíe.

El niño Juan crecía en gracia delante de Dios, y el concurso de tantas maravillas como sucedieron en su nacimiento, le hicieron célebre en toda la Judea. Refiere San Pedro Alejandrino como un hecho público y conocido, que cuando el sanguinario Heródes buscó al niño Jesus para quitarle la vida, quiso hacer lo propio con el niño Juan, por el ruido que habia metido en el mundo su nacimiento; pero que le libró su madre Elisabeth, retirándose con él al Desierto, hasta que, muerto Heródes, pudo volver libremente á buscar á Zacarías: aunque dejando á San Juan en el mismo Desierto, en donde dispuso el Espíritu Santo que se mantuviese hasta el tiempo de su predicacion. Sea de esto lo que fuere, es una verdad que permaneció poco tiempo entre los hombres. Retiróse jóven todavía en la soledad huyendo del tumulto de las ciudades, y de las reuniones de la multitud. Fué, pues, á buscar un aire mas puro que el del siglo, una morada en donde el cielo pudo reflejarse con mas resplandor, un retiro en donde pudiese él disfrutar de las conversaciones de los ángeles y de la familiaridad de Dios. Habitaba en las cavernas que se hallan situadas á lo largo del Jordan. En el siglo VI se edificó una iglesia y un monasterio sobre los peñascos, en donde la tradicion aseguraba que habia permanecido el santo precursor. Fiel á los mandatos del ángel que habia anunciado su venida, nunca bebió vino ni otro licor alguno de los que pueden embriagar; no comia sino pobres y mezquinos alimentos; miel salvaje que encontraba sobre los árboles

ó en las pendientes ó hendiduras de las rocas, y algunas langostas insípidas, como los pobres que las tomaban comunmente por alimento en la Arabia, en el Africa y algunas veces en la Palestina. A la austeridad del alimento acompañaba la del vestido. El solitario llevaba una samarra de pelo de camello atada en la cintura con una correa de cuero, pasandó dias y noches enteras en conversar con Dios; y disponiéndose con la oracion, el ayuno y con todo género de penitencia para el ejercicio de su ministerio. Por esta vida pasada en la inocencia y en la mortificación de todos los sentidos, es tenido Juan, segun testimonio de San Agustín y San Gerónimo, por modelo de la vida retirada y austera de los anacoretas, y de tantos hombres que, huyendo ya de los halagos, ya de las persecuciones del mundo, habían de dar fama al Desierto. Al inspirarle Dios la idea y el valor para una vida tan penitente, quería sin duda impresionar fuertemente la vista grosera de los judíos, enseñándoles á respetar las doctrinas y las representaciones que debian fluir de tan santa boca. Pues para todo el mundo, pero principalmente para un pueblo que sabe lo que es sufrir, hay en estas bruscas y voluntarias mortificaciones de los sentidos una elocuencia mucho mas poderosa y convincente que la de la palabra.

En la época de la predicacion de San Juan, que habia de preceder á la de Jesus, el mundo presentaba un espectáculo lamentable al par que extravagante, en el que, segun dice muy bien el historiador de María, lo burlesco se daba la mano con lo horrible. El árabe y el galo, despues de haber conservado por espacio de muchos siglos la idea primordial de la unidad de Dios, adoraban la acacia y la eneina: el indio divinizaba el Ganges, ó inmortalaba víctimas humanas á Sactis, diosa de la muerte; el egipcio tributaba un devoto culto al ajo, al loto y á casi todas las plantas bulbosas; las poblaciones desconocidas de la jóven América adoraban al tigre, al buitre, á las tempestades y á las sonoras cataratas: finalmente, los griegos y los romanos, segun su propia confesion, llenaban sus templos de demonios ó espíritus maléficos

é impostores; y esas naciones de tanto ingenio, tan civilizadas, y que abundan en hombres de un mérito superior, habían divinizado el vicio en sus formas mas vergonzosas, y poblado su olimpo de ladrones, de adúlteros y de homicidas. Las costumbres eran consiguientes á las creencias: la corrupcion, descendiendo de un vasto rio de lo alto de las siete colinas imperiales, inundaba todas las provincias. ¿Y qué habia de ser en medio de esas aberraciones deplorables de la soberbia razon, esa reina de las inteligencias que toma su estrecho horizonte por los límites del universo, y pone á sus dioses sobre el lecho de Procastio? ¿dónde estaba su imperio? ¿dónde habia plantado su bandera, mientras que por todas partes eran batidos en brecha sus baluartes? Si ella podia sin auxilio extraño reconquistar el terreno que habia perdido, ¿por qué no lo hizo?..... Pero bien conoció que el torrente traspasaria sus débiles diques, é impotente á contenerlo, se contentó con observar sus extragos. Apoyada en la filosofía, lloraba sobre los restos exánimes del cuerpo social, cuya caída no pudo prevenir: sobrevino el cristianismo, que dijo al cadáver: Levántate y marcha, y sucedió segun su palabra.

En no ménos deplorable situacion se hallaba la nacion judía. Los romanos hacian pesar sobre su frente un yugo de hierro, y se le hacia difícil y á veces peligroso, observar exactamente la ley divina. Hombres profanos disponian de la silla de Aaron, colocando en ella arbitrariamente pontífices, arrojándolos de ella por capricho. Las diversas sectas, fariseos, seduceos, alteraban la pureza de las creencias antiguas y turbaban los espíritus con la confusion de sus doctrinas. En medio de este caos, la expectation del Mesías habia mudado de carácter, y en lugar de esperar en un príncipe que volveria la verdad á los entendimientos, la pureza á las conciencias, la santidad á las costumbres y á las leyes, y de consiguiente la paz al mundo, la mayor parte de los judíos imploraban un rey héroe y conquistador, que con la espada en la mano los libraría de la dominacion extranjera. De otra parte, la moral seguia tambien á las creencias, pues la Ju-

dea, que no se habia librado tampoco del contagio del vicio, se iba depravando con asombrosa rapidez: su religion no consistia en sus dogmas fundamentales, sino en una multitud innumerable de superfetaciones parásitas, y las ilusiones de sus rabinos eran anunciadas desde la cátedra de Moisés. Un pequeño número solamente habia conservado las primitivas tradiciones, y penetrando el sentido elevado de los oráculos divinos, llamaba con todos sus deseos el reino espiritual, que es la patria de todos los hombres, el hogar de todos los pueblos, y que está destinado á atravesar todos los siglos, para entrar triunfante en la eternidad.

Tal era la disposicion del espíritu público, cuando á los treinta años de su edad, Juan, hijo de Zacarias y de Elizabeth, fué llamado por una voz del cielo, que era la señal de su mision santa, y empezó la obra á la cual era providencialmente destinado. Hallábase entónces en el desierto de la Judea, entre la ciudad de Jericó y la embocadura del Jordan. Pareció como transfigurado por la santidad de su vida, y así era que su palabra tenia autoridad extraordinaria. Cuando un hombre, en medio de un pueblo sensual y grosero, se presenta como un sér superior, no solo á las debilidades humanas, sino á las exigencias mismas de la naturaleza, domando todos los instintos y propensiones, y conservando al propio tiempo una entereza de espíritu á toda prueba, y una notable supremaeía de inteligencia y de valor, como una sublime emanacion de una fuerza sobrehumana, sus palabras adquieren una energía de fuego y un poder irresistible sobre la multitud: y aun en este siglo escéptico y mofador, que hasta se desdeña muchas veces de creer en la existencia de la virtud, estamos viendo el poderoso ascendiente que ejercen, aun sobre las masas corrompidas é indómitas, esos pocos hombres que vemos, rara excepcion por cierto, pero gloriosa, del egoismo general, cuyas privaciones, sacrificios, desinterés y pureza de costumbres, hacen creer al espíritu ménos dócil en la realidad de una vida santificada, y en las esperanzas del cielo. El temor de no herir la modestia de la humildad detiene en este momento nues-

tra pluma. Las mortificaciones, pues, y las austeridades de Juan elevaban su voz para apoyar sus doctrinas y sus amenazas. "Haced penitencia, decia, porque el reino de Dios se acerca;" y la multitud se inclinaba humildemente á estas palabras. La Judea, Jerusalem y los contornos del Jordan le enviaban numerosos oyentes, que hacian la confesion de sus faltas y recibian el bautismo. Este bautismo no era solamente una de aquellas abluciones religiosas que se hallan en los antiguos pueblos, y que el legislador de los hebreos habia instituido en gran número; era una purificacion de naturaleza mas elevada, y que consagrando al hombre á la penitencia, le preparaba para recibir la verdad evangélica en toda su grandeza y severidad.

Ni ha de creerse tampoco que solo el vulgo corriese hácia el nuevo profeta. Si muchos fariseos, considerándose como justificados por su ciencia de la ley y despreciando el consejo de Dios sobre ellos, se abstuvieron de escuchar al Precursor, le acusaron hasta de manía insensata, y le hicieron un crimen de su vida penitente; no obstante, otros doctores de la ley, hombres sábios y poderosos, vinieron á pedirle el bautismo. Mas sea que Dios les hiciese ver que su corazon estaba corrompido por el orgullo y por la hipocresía, ó sea que quisiese, humillándolos primero, conducirlos á una mas completa conversion, los acojía con palabras llenas de dureza y de reproches: "Oh raza de vívoras, les decia, quién os ha enseñado que así podreis huir de la ira que os amenaza? Haced dignos frutos de penitencia, y no andeis diciendo: Tenemos á Abraham por padre. Porque yo os digo que de estas piedras puede hacer Dios nacer hijos de Abraham. La segur está puesta ya en la raiz de los árboles; todo árbol que no dá buen fruto, será cortado y arrojado al fuego." El celo es como el génio y como toda fuerza que tiene conciencia de sí misma, dulce y accesible con los débiles y con los pequeños, firme é intratable con los orgullosos y con los hipócritas.

Porque á la multitud que se dirija con sincera sencillez, y el corazon movido de arrepentimiento, el solitario le hablaba con una

extremada dulzura, sin perder nada de su autoridad; hubiérase dicho que era un padre en medio de sus hijos. Cuando se le preguntaba: “¿Qué es lo que debemos hacer?” respondía diciendo: “El que tiene dos vestidos, dá al que no tiene ninguno, y haga otro tanto el que tiene que comer.” Con estas pocas palabras sentaba el gran principio de la limosna y de la caridad, ley fundamental de la sociedad evangélica, obligatoria del rico con el pobre, y cuyo olvido pone á las sociedades modernas al borde de un precipicio. Cuando el cristianismo dió la libertad á los esclavos y dispensó á sus dueños del deber de mantenerlos, contó con esta ley de beneficencia, para armonizar suavemente la sociedad, y poner una justa compensacion al forzoso desequilibrio de las fortunas. El egoismo, hijo del olvido de Dios y de su ley santa, ha desconocido este fecundo principio de hermandad humana, y la multitud hambrienta y sin amparo, sin las alas maternales de la religion bajo que cobijarse, ha arrojado un grito profundo de dolor que conmueve las entrañas, y amenaza al egoismo de conservacion otro egoismo de invasion, que haciendo bambolear la sociedad por sus cimientos, amenaza devorar al mundo.

Los publicanos venian tambien á pedir consejo: eran los judíos que tenian arrendados los tributos pecuniarios que gravitaban sobre el pueblo, y que debian responder de ellos á los recaudadores del Estado. Este empleo nada tenia en sí que fuese ilegítimo ó deshonorado, pero era odioso á una nacion celosa de su independencia. El Precursor no buscaba los aplausos lisonjeando las ideas admitidas y las preocupaciones populares; y á estos hombres señalados con la aversion pública, decia con la mayor bondad, cuando le preguntaban qué debian practicar para salvarse: “No exijais mas de lo que os está ordenado.” Hasta los soldados venian á presentarse al bautismo, y á pedir qué conducta debian tener, y les decia: “No hagais estoreiones á nadie, ni useis de fraude, y contentaos con vuestras pagas.” Así se cumplian las gloriosas palabras pronunciadas en otro tiempo sobre Juan por el ángel y por Zacarías: “Él conducirá á los

hijos de Israel al Señor su Dios, reconciliará á los padres con los hijos, y dará al pueblo el conocimiento de la salud.”

Viendo los judíos la extraordinaria santidad de San Juan Bautista, y la inmensa multitud que acudia á él para recibir el bautismo, le miraban como un profeta, y aun pensaban que podia muy bien ser Cristo. “En cuanto á mí, les decia este hombre lleno de humildad, os bautizo en el agua; pero otro vendrá mas poderoso que yó, al cual no soy digno de desatar la correa de su calzado. Este os bautizará con el Espíritu Santo, y con el fuego de la caridad.” Con estas palabras señalaba el carácter de la ley evangélica, que pone al alma en directa comunicacion con el Espíritu divino, la ilustra y la enciende con la caridad, este incendio que arde en el corazon de Dios, descendiendo al través de todos los mundos, abrazando las criaturas inteligentes, volviendo al trono del Eterno, como una cadena que enlaza al universo entero con un vínculo dulce y ardiente. Y añadía el profeta: “El que viene despues de mí tiene en su mano el bieldo (con que se avienta el grano), y limpiará su era, purificándola, y meterá el trigo en el granero, quemando la paja en un fuego inextinguible.” Este lenguaje figurativo designaba á Jesucristo, que semejante á un labrador, separando la cizaña del buen grano, vé el fondo de los corazones con una penetracion admirable, discierne los inocentes de los culpables, los justos y los malvados, para recoger los unos en su graneros celestes, y abandonar los otros al fuego de sus venganzas,

El ministerio del precursor tocaba ya á su fin, porque el Cristo iba á manifestarse, y llenando la Judea con su doctrina y con sus milagros, alumbrarlo todo con su vivísima luz, así como el sol sepulta en sus fúlgidos resplandores la claridad de las estrellas. Conocia Juan la grandeza del Mesías, pero ignoraba aún hasta qué punto se abatiria para la salud del mundo. Y por esto quedó pasmado al ver al Redentor, que se acercaba á él y le pedia el bautismo, como si fuese un pecador. Y entónces le dijo con un sentimiento de veneracion y de temor: “Cuando yo debo ser